



CAPITULO SEXTO.

Desembarque en Jaffa.—Su felicidad.—Aduana.—
Pasaportes.—Casa Hospitalaria de San Francisco.
—Estación del Ferrocarril.—Gran movimiento.—
Cambio de moneda.—El Sebil—Llanura de Sa-
rón.—Convento de Ramelet.—Cueva de San Di-
mas.—Valle de Terebinto.—Vista de Jerusalem.
—Llegada.—Casa Nova.

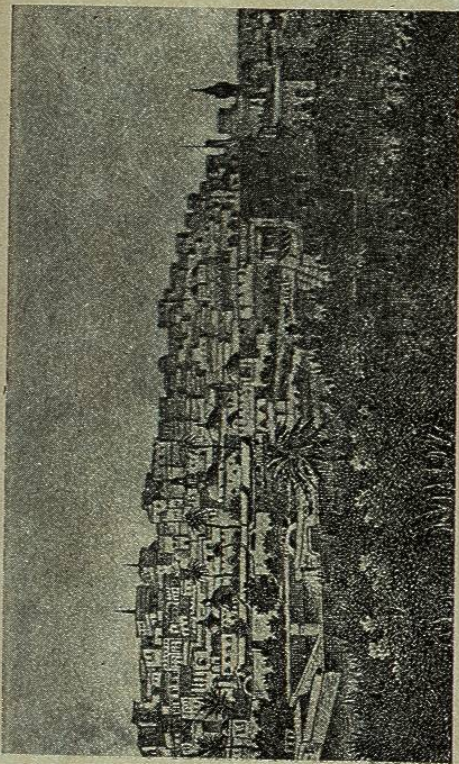


HUIMOS luego acomodándonos en los botes un poco regulares que nos indicó el agente, y muy poco tiempo empleamos en esto; sólo lo que hizo perder el tiempo, aunque muy poco, fueron los equipajes, que desde cubierta dejaban caer sin miramiento alguno; por supuesto que todos quedaban muy maltratados, lo que á ellos poco preocupaba. Lo que intere-

saba era concluir y arreglado estaba el asunto. Las once eran, y aun no concluíamos; hasta las doce pudimos separarnos de este lugar, no sin que antes la compañía hubiese puesto á nuestra disposición la mesa y ministrado convenientemente los alimentos.

Nuestras miradas todas se dirigían á la bahía, y nos fijábamos en el estado en que se encontraba, pensando cómo nos recibirían. A gran prisa caminábamos; llegamos á los arrecifes y ¡oh prodigio!... la más completa calma reinaba y la más profunda tranquilidad se percibía. El mar dormía y desapercibido estaba cuando en su seno se encontraban los peregrinos mejicanos. “Una y millones de veces sea bendito ese Dios tan bueno y lleno de misericordia que tantos beneficios nos prodiga,” exclamábamos, “y como á los Israelitas nos conduce á la prometida tierra, cubriéndonos con su manto de bondades.”

“Señores peregrinos, no hay riesgo alguno; con la mayor calma posible pueden todos bajar ó saltar en tierra.” Así fué, mis lectores; y si en todos los puertos que tuvimos que desembarcar fuimos felices, en



Panorama de Jaffa.

éste no lo fuimos menos. Vamos, adelante, se acabó un pendiente; ahora nos encontramos con otro, es cuestión de piastras, ¿eh? la aduana nos espera y ya llevamos quién sabe cuántas cosas, habiendo salido de Roma hace diez días sin nada más que el breviario y una muda de ropa. Pues nada, no hay más camino por donde ir que éste. Adelante; pero no se olviden que Dios vela por nosotros. El Ilmo. Sr. Obispo se presenta el primero, le exigen los pasaportes, los presenta, ni los leen, se los devuelven y dan orden para que todos pasemos. Ufanos, alegres y contentos vamos todos, fatigados con el peso de estos dichosos equipajes, que bastantes molestias nos han causado y que todavía nos causarán.

Nos encontramos en el tránsito una procesión confusa y desordenada que recorría las feas, sucias y mal trazadas calles, no sabemos con qué objeto, llevando su chirimía y tambor, como en alguna de las poblaciones nuestras se acostumbra, y enarbolando las banderas con su media luna arriba. Según afirmaba alguno, era una boda que se había celebrado entre los mahometanos.

se
to
ha
lu
se
m
to

ba
se
ría
los
ple
qu
ap
cor
mi
bu
ber
con
mel
de

gun
tod
lect
vim

Cerca de la aduana y en frente enteramente de la bahía y de la playa, encuéntrase la casa hospitalaria de los hijos del Seráfico San Francisco, de los héroes que estos lugares han rescatado á costa aun de su propia sangre y que conservan con tanto empeño y abnegación. En la puerta nos paramos unos momentos para saludar al Padre Guardian, que tan solo noticias de nuestra llegada tuviera, cuando á recibirnos salía presuroso y brindábanos hospitalidad. No era posible aceptar su buena disposición por ser muy limitado el tiempo que teníamos, ofreciéndole nuestro respetable señor Obispo que á la vuelta le haría una visita y dándole por todo las más cumplidas gracias y haciéndole al mismo tiempo algunas interesantes preguntas, aprovechando la oportunidad de que era español y hablaba y entendía perfectamente nuestro dulce y primoroso idioma, saliendo satisfecho y desvanecidas cuantas dudas había.

El agente de la respetable Compañía Cook estaba también con nosotros arreglando todo perfectamente y evitándonos algunas molestias. Dos empleados de la aduana, muy atentos y finos en verdad, nos acom-

pañaban también para ver si salíamos de la población, por razón de los equipajes ó bultos que llevábamos; pero tan comedidos eran, que ellos mismos ayudaban á asegurarnos para entregarlos á dos cargadores á quienes el agente había ordenado los condujeran á la estación del ferrocarril. En dos sacos bastante grandes fabricados de lona los iban acomodando, entregándonos nosotros por orden y numéricamente para que no fuera á desaparecer alguno. Una, dos, tres y veinte y quién sabe cuántas; cosa de treinta eran las molestias que nos habían evitado con este servicio.

Los empacaron bien y en el acto cargaron con ellos; nosotros nos despedimos del amable Padre Franciscano y á pie caminamos atravesando unas sucias y angostas calles, motivo por el cual ningún carruaje puede atravesar por estos incómodos lugares, y por lo mismo nos era forzoso asolearnos y cansarnos un poquito. Cuatro serían las calles que habíamos andado, cuando nos encontramos en frente de las oficinas del gobierno turco; por cierto que son muy humildes, y sólo nos supusimos eran tales porque estaban custodiadas y en algún número

se contaban los soldados. Nos miraban con firmeza; seguro les llamaba la atención ver un número tan respetable de mejicanos. Digo que sabían que éramos mejicanos, porque ya se tenía conocimiento por todas partes por los periódicos; y tan es así, que los Padres Franciscanos, tanto de este lugar como de Jerusalem ya nos esperaban, según ellos mismos nos dijeron.

— Alto ahí, nos dijo el guía, el amable señor agente de la respetable Compañía Cook; ya no se cansen más, vamos á los coches.

Dos tenían el rótulo anunciando que eran de la misma empresa, mas no eran suficientes. Fueron los primeros que se dispusieron á recibirnos y en los cuales ocho quedamos acomodados perfectamente, pero gracias á que la molestia de los bultos había desaparecido.

Los demás que eran de sitio, como nosotros decimos, fueron tratados luego y puestos á nuestra disposición, quedando ya todos arreglados en siete, todo por cuenta de la compañía tantas veces dicha. La poca distancia que de este lugar hay á la estación fué recorrida en diez minutos poco

más ó menos. No lo precisamos porque no tuvimos esa curiosidad, pero sí fué una cosa muy violenta. Todos en tierra nos pusimos al llegar y buscábamos nuestros equipajes para apoderarnos de ellos, á fin de que no hubiera alguna dificultad, estando ya tan próxima la partida del tren. Para este ferrocarril sí que no eran válidos los cuader-nitos que la compañía nos había expedido, pero ya ordenaba se compraran y nos fueran entregados, y arreglado todo, lo que fiel y exactamente ejecutaron. Una dificultad había y era que no se podía ocupar ni un lugar más en los wagones que enganchados y listos estaban para partir; mucha era la afluencia de gente y como se aproximaba la hora ponían alguna dificultad los empleados. Sin embargo, en la sala de descanso nos reunimos y allí tomamos asiento esperando el resultado de las agencias que se hacían para el arreglo.

Mientras tanto, pasajeros y más pasajeros se presentaban, y aumentaba por consiguiente el movimiento, así como los vendedores de naranjas que importunaban á todos; pero que se los agradecíamos demasiado por la sed que teníamos.

—En fin, señores peregrinos, un wagon especial para Udes. está listo; pueden pasar á tomar asiento, que se ha demorado la partida, pero por más tiempo no puede ser.

Todos nos apresuramos á obedecer y acto continuo el conductor pedía los veintisiete boletos que presentados le fueron por el Ilmo. Sr. Obispo y que recogió de nuevo para que al llegar á nuestro destino fueran entregados.

—Las doce, señores, el tren se pone en movimiento, adiós Jaffa, adiós Sr. Agente de la Cía. Cook, gracias mil por sus atenciones, hasta la vuelta, si Dios nos lo permite.

Unos minutos tan sólo fueron suficientes para perder de vista la población y comenzar á atravesar unos amenísimos jardines suavizados con el aromático perfume de unos espesos y copudos naranjos que abundan por estos preciosos lugares.

Antiguamente, y aun muy poco hace, los peregrinos tenían que resignarse á sufrir alguna cosa para poder gozar de la satisfacción que se experimenta al pisar esos lugares benditos, santificados con la planta del Hombre-Dios y regada con su sangre

sacratísima, pues la travesía que duraba unas diez horas tenían que hacerla en coches ó en caballos, lo cual era muy pesado y aun motivo para que muchos ahogando los deseos de su corazón desistiesen de ello. Gracias á Dios y á aquellas personas que tanto se empeñaron en unir estas poblaciones con esas cintas de hierro que acortan tanto las distancias y seguridad proporeionan al pobre peregrino que abandonando su casa, parientes y amigos marcha tan lejos en pos de una felicidad sin límites, hoy hay mucha comodidad.

Cuando por medio de carruajes se transportaba uno tenía la posibilidad de ver y conocer algunos lugares de importancia que hoy á más ó menos distancia se encuentran del camino del Ferrocarril, tales como el llamado Sebil que á un cuarto de hora de haber salido de Jaffa se encuentra, y cuyo nombre se da á una hermosa fuente y á algunas otras que á ciertas distancias hay en los caminos y que según afirman son legados benéficos que algunos árabes de proporciones pecuniarias mandaban en sus testamentos se construyesen, para que con el precioso líquido que contuviese pudiera el

pobre caminante ó peregrino reposar, apagar su devoradora sed, así como abreviar á sus ganados. En seguida se disfrutaba de un bello panorama y que también traía grandes recuerdos; se encontraban en el famoso é histórico valle ó llanura llamada de Sarón, lugar donde según la tradición y la Sagrada Biblia, Sansón puso fuego á las mieses de los filisteos atando estopas encendidas en las colas de trescientas zorras.

Sigamos adelante. A las seis leguas de Jaffa encuéntrase situada la población pequeña de Rameleh, donde los abnegados hijos del Serafín de Asís, con la caridad que les es característica tienen fundado un convento casi con el exclusivo fin de recibir y guiar á tanto peregrino como por esos lugares transitan y donde tanto riesgo y dificultades hay. Los alojan y les proporcionan cuanto necesitan, y aun les ministran alimentos guiados sólo por la caridad y no exigiendo más recompensa que sea todo para la gloria de Dios. Por muchas partes de la Palestina y que en adelante iremos diciendo, se encuentra uno con estos seres benditos que alivian las penas y consuelan al triste viajero.

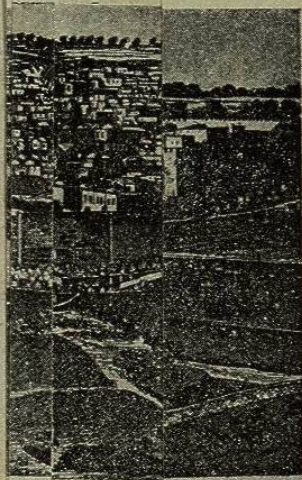
Como á unas 18 ó 20 leguas de distancia de Jaffa encuéntrase uno comenzando á subir las montañas de la Judea y á cada momento presenta al *turista* algún recuerdo histórico. Uno de éstos es un estrecho torrente donde la tradición fiel y constante señala está el sitio donde existía la cueva que habitó Dimas, famoso ladrón y que hoy veneramos en nuestros altares, el mismo que pidiera misericordia cuando pendiente en su cruz, al lado del Redentor del humano linaje, y el que concedido le fuera logrando que en esos momentos se le franquearan las puertas del perdón. A las dos horas de continuar el pesado camino, es decir, á unas cuatro leguas más ó menos se penetra en el famoso valle llamado del *terebinto* el que es atravesado por el primoroso río que lleva el mismo nombre. Célebre y muy célebre es en las páginas de la historia sagrada, pues recuerda nada menos la victoria que el pequeño pastorcillo David, obtuviera contra el gigante Goliath, jefe del ejército de los filisteos y solamente alistando su honda y usando de cinco miserables guijarros.

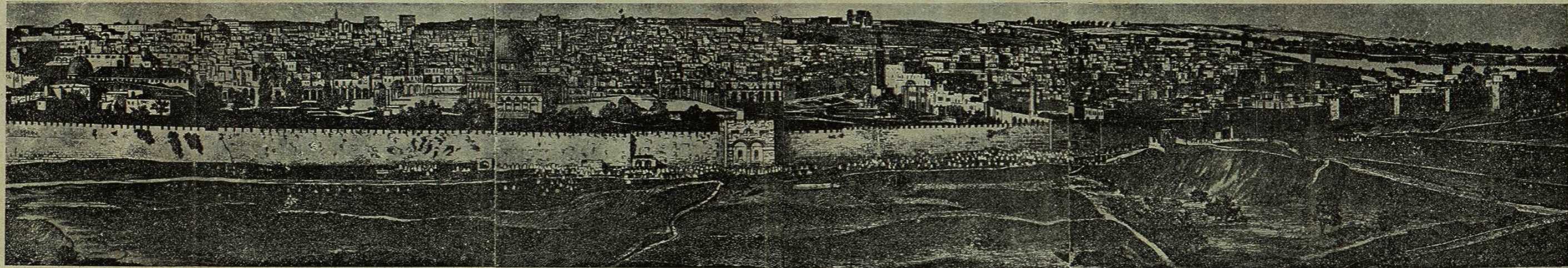
Sigue uno recorriendo estas históricas

montañas de la Judea, percibiéndose siempre una subida, aunque no muy pendiente. Se baja y desciende á un valle, para luego volver á ascender á una colina y así por algún tiempo. En el Ferrocarril se va enteramente serpenteando y costeano estas montañas por algunas horas. Tan pronto como entramos á estas montañas, el señor Arcediano de Querétaro nos indicó que se parecían á las llamadas en la Sagrada Escritura, de Judea, y el conductor nos sacó de la duda asegurando que en verdad ellas eran, y luego comenzaron nuestras preguntas:

—¿Dónde estará la casa donde Santa Isabel recibiera á su Santísima Prima?— preguntaba yo y nadie podía contestarme, pues lo ignorábamos todos.

Un suelo estéril y fálto de vegetación cubierto sólo por unos cuantos olivos, nos daba á entender que ya muy próxima estaba la ciudad donde se obraran los misterios augustos de nuestra redención. ¡Ay mi Dios, ni recordar quisiera esos días tan lindos y que tanta satisfacción nos causaran; aun parece que el corazón nos palpitaba con más fuerza, parece . . . no sé qué decir! To-





PANORAMA DE JERUSALEM

dos pendientes estábamos para descubrir ó ver los primeros, las murallas de la ciudad de David. Diez minutos faltaban para las cinco y media de la dichosa tarde del veintitrés de Marzo de mil ochocientos noventa y ocho, cuando Don Rafaelito, más afortunado que todos empezó á persignarse. Por de pronto ignorábamos el motivo, mas luego nos asomamos por unas de las ventanillas del wagon y en efecto, Jerusalem, el pueblo predilecto de Dios se encontraba en frente de nosotros. Acto continuo, todos los sacerdotes presididos por nuestro amante padre el Ilmo. Sr. Obispo entonamos el precioso salmo de David: *Lauda Jerusalem Dominum, lauda Deum tuum Sion* etc. ¡Qué entusiasmo, mi Dios, qué dulce regocijo, qué lágrimas de ternura derramamos en esta venturosa ocasión! ¡Nuestro corazón palpitaba de gozo al sentir lo que entonces experimentamos! ¡tal vez no volvamos á tener esa dicha! Sólo tiempo tuvimos de concluir este salmo 147 cuando el silbido de la máquina anunciaba su llegada y todos en estado de marchar nos pusimos.

El agente de la Compañía Cook nos proporcionó luego los coches, para conducirnos

al centro, mas en esta ocasión no se portó como acostumbraba hacerlo, pues no dijo alguna cosa, mas después cobró tres francos por persona, es decir, ochenta y tres en total, lo que nunca nos había acontecido. Bastante se les hizo presente su injusticia, mas no *entende* decían, y exigían lo que habíanse propuesto. Paciencia, dijo el Illmo. Sr. Obispo, y experiencia para otra ocasión, pues como esto decían que no se comprendía en el arreglo que se había tenido, cobraban una cantidad exagerada.



CAPITULO SEPTIMO.

Visita al Santo Sepulcro. —Recepción por los Franciscanos. —Piedra de Unción. —Solemne Te Deum. —Entrada al Templete del Santo Sepulcro. —Alojamientos. —Ventura. —Cena. —Descanso. —Topografía de Jerusalem. —Puertas. —Murallas. —Colinas. —Alrededores. —Interior. —Aspecto. —Clima y población.

EN fin, peregrino, has llegado á las suspiradas playas de la Palestina; hánse por cierto realizado tus continuos y suspirados ensueños, nos decíamos á nosotros mismos; cumplidos están tus fervientes deseos y muy justo es bendigas al Señor, por tanto beneficio como te ha dispensado; te encuentras ya en la tierra bendita y que ha sido también el objeto de las pia-